

Narrative Journalism and the Cuban Revolution,” follows the development of *testimonio* from the 1960s on, as a new genre with old roots in its combination of politics and literary journalism in Latin America. Calvi pays particular attention to the work of Argentine writer Rodolfo Walsh.

In this ambitious and excellent book, Pablo Calvi also points to the double transnational nature of a project connecting mass media and literary non-fictional writing in Latin America. First, because it shows that national developments are always connected to foreign technologies, trips and experiences abroad, and discursive practices explored elsewhere by foreign authors. Secondly, because within the subcontinent, it indicates the impact, in both the nineteenth and the twentieth century, of inter-national Latin America-wide circulating textual and journalistic practices. Finally, Calvi’s book also shows in its best chapters how much we can learn from doing the specific and detailed archival work that is required to do justice to the true complexity of Latin American literary journalism and its impact on the history of discursive practices in the region.

Juan Poblete

University of California-Santa Cruz

MATTHEW VITZ, *A City on a Lake: Urban Political Ecology and the Growth of Mexico City*. Durham and London: Duke University Press, 2018.

El libro de Matthew Vitz es una historia ecológica de la Cuenca de México; más exactamente, es una historia de su ecología política. Su atributo mayor es colocar en el centro del análisis las relaciones de poder de sus habitantes, incluyendo las instituciones estatales, para desvelar las complejas relaciones entre los humanos y el entorno natural, con especial énfasis en el manejo de las aguas y los bosques. Entre el Porfiriato y el cardenismo hubo una transformación, quizá una mutación, en la correlación de fuerzas políticas de la Cuenca, en buena medida debido a los saldos de la Revolución. Este es el mérito mayor del libro: colocar en una perspectiva historiográfica eminentemente política los problemas, soluciones y actores que de una manera u otra determinaron la utilización de recursos naturales y modificaron el ambiente (por ejemplo pág. 14).

Los tópicos de la historia ambiental de la Cuenca aparecen a lo largo de todo el libro: el Lago de Texcoco, Xochimilco (sus canales, sus chinampas y el acuífero), los bosques del poniente y surponiente. Destaco la importancia que otorga Vitz a las reconfiguraciones políticas que la Revolución trajo aparejada, en especial la demanda por el reparto agrario y la articulación problemática de éste con las políticas conservacionistas de los gobiernos o, en todo caso, de algunos funcionarios; las ciudades no son “entidades discretas,” sostiene

el autor, sino constructos interrelacionados que generan sistemas complejos, según se decantan sus necesidades de agua, alimentos, energía, materiales de construcción, materias primas (7). Pero quizá uno de los méritos mayores de la investigación es plantear un hecho que en los ambientes contemporáneos suele obviarse: casi nunca un proyecto de cierta importancia se da en un vacío discursivo; una diría que la polémica está en el origen, el diseño y la ejecución de las obras y los servicios públicos. Con todas las precauciones al respecto, podría decirse—y sigo libremente a Leonardo Benevolo—que las grandes intervenciones que modifican el ambiente y lo redirigen para usos sociales, tienden a “abrir” la esfera de lo público, incluso en contextos autoritarios.

El desagüe del Valle, el drenaje de la ciudad y la provisión de agua potable son ejemplos muy ilustrativos de que incluso en el Porfiriato esas inversiones y obras de gran ingeniería no se decidían por ucase, sino que atravesaban un proceso de discusión técnica, pero también, a su manera, de aparamiento público. Usualmente no hay una sola solución técnica frente a problemas complejos, más aún cuando estos implican la seguridad y el aprovisionamiento de un elemento esencial como el agua (30). Ciertamente esta dinámica empoderó a los técnicos porfirianos y luego revolucionarios: poco a poco se desarrolló una ingeniería del agua y de los bosques (por ejemplo), a cuyos prestigios concurren también, con peso específico de cuidado, los médicos higienistas.

La vieja disputa de los historiadores sobre aquello que permanece y aquello que es nuevo luego de una conflagración como la Revolución mexicana adquiere sustancia en el estudio de Vitz. La preocupación ambiental ya está presente en los técnicos porfirianos, como está presente esa mentalidad fáustica por hacer del lago de Texcoco, en proceso de desecación, una suerte de vergel agroindustrial. Pero el entorno sociopolítico se modifica, y de qué manera. El “exclusionismo” en el manejo de los bosques de la Cuenca durante el último Porfiriato daría pie a una mirada más comunitaria en los años por venir, sobre todo en las décadas de 1920 y 1930 (69); comuneros y ejidatarios serán los otros actores en la disputa por recursos como la tierra, el agua, la leña, el zacatón, la resina, el salitre. La historia social, la política y la ambiental convergen, y esta perspectiva es sabiamente explotada por Vitz. Pero las novedades tocan no solo el *hinterland* sino el corazón de la ciudad construida; la Revolución activó nuevos dispositivos de lucha (las huelgas de inquilinos) y nuevos campos de conflicto: por ejemplo, los relacionados con las casas habitación, su higiene y sus costos (las rentas). Es sin duda un mérito del libro introducir un asunto que debió nombrarse con más enjundia: que las poblaciones humanas generan demandas, conflictos y soluciones según van construyendo sus propios nichos de habitabilidad (90-92). Es en este sentido que la ecología humana es “política.”

Vitz describe el conflicto suscitado alrededor de la interrupción de abasto de agua potable en noviembre de 1922 (por accidente o sabotaje) que terminó en un sangriento motín en el Zócalo (94-100). El asunto es particularmente importante porque el sistema de agua potable afectado era relativamente nuevo (en realidad se concluyó en 1912). De manera meridiana, el altercado puso en tensión el sistema político local, incluyendo al presidente de la República, al ayuntamiento y al incipiente sistema de partidos políticos. En este conflicto se definió otro tema que es crucial en la historia de las obras y servicios públicos en la ciudad moderna: ¿qué es un “derecho” de la ciudadanía y cómo se consolida o modifica éste a la sombra del cambio tecnológico? Los manifestantes y amotinados de 1922 reclamaron su “derecho” al agua en los grifos privados o comunitarios, con todo y que el sistema era relativamente reciente (aunque Vitz ubica la configuración del derecho antes del sistema moderno). La discusión así planteada deberá ocupar la atención de los historiadores de las ciudades, de los sistemas urbanos, de los servicios y de la obra pública, de las tecnologías y de los modos y agendas de la ciudadanía. Y es importante en el enfoque general del libro porque la idea de un ambiente, de un entorno natural en equilibrio y protegido, se proyectará a futuro como un derecho más de los ciudadanos; y aunque esta investigación no está abocada por completo al asunto, se barruntan ya desarrollos legales y discursivos para fundamentar una historia de los derechos ambientales, tal como los conocemos en la jergonza contemporánea.

Un mérito del libro es establecer matices analíticos en torno a los actores (individuales y colectivos) de la historia. Un buen ejemplo es Miguel Ángel de Quevedo, un personaje que recorrió un largo camino desde los debates porfirianos hasta el radicalismo cardenista. Quevedo abrazó los proyectos de reparto agrario, pero se mostró reacio a que estos alcanzaran los bosques; siempre consideró que los beneficiarios no tendrían la sabiduría para administrarlos. Vitz señala un doble efecto en el reparto de los bosques: en primer lugar, la desarticulación de la gran propiedad agraria en las zonas adyacentes a la capital; además, la posibilidad de que los pueblos, al disponer de leña y carbón vegetal, pudiesen ofrecerlos en el mercado de la ciudad de México y paliar la mala calidad de la tierra de labor repartida (leña y carbón eran medios energéticos fundamentales en la década de 1930) (111 ss). Vitz trae a la discusión más general un tema que había sido y será omnipresente en las discusiones sobre el medio ambiente: que la pérdida de los bosques es la premisa de todo el deterioro medioambiental, incluso con un papel relevante en la desecación de los lagos de la Cuenca; para el autor este argumento, más allá de que reflejaba solo un aspecto del problema, tendía a fortalecer el papel de funcionarios como Quevedo (quien tenía equivalentes en todo el mundo en esos momentos), abocados a la preservación de los

bosques, pero omisos en plantear una salida no solo ecológica sino económica en sociedades que dependían de las actividades primarias (117-125).

El capítulo 6 del libro es clave, una bisagra que une dos dinámicas temporales. El acápite trata de la ecología política de los asentamientos de trabajadores o, más ampliamente, de los pobres de la ciudad. Estamos ante otra manera de encarar la historia ecológica de la ciudad, y ante un dispositivo fundamental: la ley de expropiación cardenista de noviembre de 1936, que permitió reordenar el espacio urbano ya ocupado, tomar providencias sobre lo que venía e indirectamente, con la ley de contribuciones del gobierno de la ciudad, hacer de los ocupantes del suelo partícipes fiscales de la dotación de servicio (164 ss). La ley colocó a la autoridad nacional como el demiurgo de las decisiones sobre los usos del suelo, incluso a costa del reparto ejidal y comunal. La ley no fue una panacea pero sí un ordenador fundamental que permitió cierto rango de previsión y la paulatina decantación de una tecnoburocracia urbanística que debió razonar en un modelo tridimensional luego de 1940: la ocupación del suelo (en especial por los pobres), la industrialización acelerada de la Cuenca y los recursos naturales disponibles.

El libro de Matthew Vitz es una investigación rigurosa que no se deja atrapar por las facilidades de vocabularios de algunos discursos ambientalistas. El autor ha sabido colocar a la ciudad y su entorno alrededor del asunto que hace posible un conocimiento más amplio y flexible de la experiencia urbana, el gran contrato social (fluctuante y desgarrado por contradicciones) que da pie a una ciudad moderna.

Ariel Rodríguez Kuri

El Colegio de México

ARIEL DE LA FUENTE, *Borges, Desire, and Sex*. Liverpool: Liverpool University Press, 2018.

In recent years, the question of Borges's sexuality has agitated scholars devoted to the work of the great Argentine writer. Ariel de la Fuente's new book, *Borges, Desire, and Sex*, continues this trend. An Associate Professor of History and Latin American Studies at Purdue University, de la Fuente argues that "contrary to what criticism has generally assumed, desire and sex have occupied a significant place in Borges's oeuvre and literary experience" (5).

De la Fuente's book offers an Introduction and a Conclusion, plus nine closely argued chapters: 1. On Borges's Sexuality; 2. Biography in Literature and the Reading of Desire and Sex; 3. Borges's Erotic Library: The Poetry Shelf; 4. Sir Richard Burton's Orientalist Erotica: *The Thousand Nights and a*